

## El (Juicio) Final

*Carlos Milovic F.*

El ocaso estaba llegando finalmente. El cielo violáceo se estaba tiñendo lentamente de rojo, así como lo estaban las calles de la ciudad. Ni un alma se veía por ellas, quizás porque no existía ninguna sobre la faz de la Tierra. Pero no, la vida todavía se aferraba al cuerpo de una pareja de seres humanos, aquella especie que había dominado por unos cincuenta mil años, así como los dinosaurios en su tiempo, pero que ahora casi se había extinguido.

- ¡Dwer! ¡Vamos Dwer, reacciona!

Lentamente el cuerpo del hombre se incorporaba, mientras que recobraba el sentido.

- ¡Gracias a Dios! Estaba tan preocupada por ti...

Suavemente un sollozo se escapaba de la garganta del hombre.

- ¿Por qué te preocupabas tanto por lo que a mí me pueda suceder? ¿Acaso no te diste cuenta de lo que acababa de OCURRIR? - Mientras hablaba su murmurar se transformaba lentamente en gritos de impotencia.

- Sí, pero...

- ¡No hay pero que valga! ¡La guerra, ¿no lo ves?, nos ha exterminado! Nos creíamos tan superiores... ¡Ja!, y doble ¡Ja!. Animales que piensan..., eso es lo que somos: animales. Diezmamos la vida, la atmósfera y a nosotros mismos, ¡qué éxito evolutivo! - dijo irónicamente.

Dwer se levantó lentamente, y se dirigió hacia la ventana del departamento en el cuál vivían. Éste se ubicaba en el sector céntrico de la ciudad, en el penúltimo piso de uno de los edificios más altos. Desde allí se habían podido observar el tráfico diario y la vida nocturna bohemia, el continuo vagar de la gente entre la casa y el trabajo, las partuzas de jóvenes adolescentes, los tanques avanzar y las bombas caer.

Laniese, mientras, se limitaba a contemplarlo desde un rincón.

- Mira. Toda esa desolación... no me extrañaría que fuéramos los dos únicos sobrevivientes de toda esta masacre. Por fin

la justicia está hecha. Nuestro tiempo ha pasado, ya es hora que otra especie tome su lugar en la historia y nos releve.

- No digas eso, siempre que estemos los dos juntos habrá alguna esperanza. Podemos reconstruir la civilización, tenemos los conocimientos y una historia; cometimos muchos errores, de los cuales hemos aprendido...

- No sigas, no entiendes lo que digo... por qué vale la pena vivir, cuál es nuestra finalidad en este planeta. ¿Qué significado tiene la vida? Uno malgasta sus años matándose en el trabajo para tratar de tener una vejez digna. El hombre nace, crece, se reproduce y muere. ¿Para qué? ¿Para seguir nuevamente y eternamente con dicho ciclo? ¿Es que la vida realmente existe por eso?

- ¿Es que no te das cuenta? Estamos aquí para amar. Eso es lo que le da un sentido al diario vivir; el tener alguien que te ame y a quien amar, el entregarse por entero mutuamente, eso es lo que nos mantiene vivos.

- No Lanie, estás muy equivocada. Si algo nos ha enseñado la historia es que el amor es lo que menos fuerza tiene, lo que menos ha motivado la existencia del hombre. En cambio la naturaleza misma del hombre es ser destructivo. ¡Tu misma lo viste! ¡Exterminamos la vida, contaminamos el planeta, somos un tumor para el planeta! ¡Una enfermedad! Llegamos, acabamos con todo, nos multiplicamos y buscamos otro lugar para seguir así... esto tiene que acabar ya.

- Dwer, mira... nosotros podemos hacerlo. Podemos montar una nueva civilización donde el amor reine, cambiaremos eso, les inculcaremos valores y les enseñaremos las lecciones que hemos aprendido. ¡Les ocultaremos los conocimientos que tanto nos perjudicaron!, esas tecnologías malditas que provocaron nuestra ruina... ¡Acabaremos con esa cultura militarista, de desconfianza con el semejante, de muestras de poder!

- No, no podremos hacerlo. Con el tiempo las generaciones venideras lo volverán a hacer. Y pasará lo mismo. ¡Lo volverán a hacer!... Adiós.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas últimas palabras se subió al alféizar de la ventana y asomó su cuerpo al vacío.

- ¡No! Por favor Dwer, recapacita. Piensa en ti, en mí, en el futuro...

- Precisamente eso estoy haciendo. Adiós. Espero que el tiempo me dé la razón.

- ¡Nooooo!

Desgarradamente la mujer irrumpe en sollozos, al mismo tiempo que cae sobre sus rodillas.

El sol se acababa de ocultar bajo el horizonte. El viento mecía suavemente las cortinas de una ventana vacía. Sólo interrumpió la paz en el paisaje un ruido sordo contra el pavimento.